

TEMA 8. Cuando la paternidad se agranda: los abuelos

Oración para iniciar la reunión

SEÑORA SANTA MARÍA:

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1)	EL GOZO DE LOS PADRES: VER LOS HIJOS DE LOS HIJOS	1
2)	CUANDO LA SABIDURÍA SABE ACOMPAÑAR Y AYUDAR	2
3)	TESTIGOS DE LA VIDA GRANDE Y PLENA	2
4)	UNA NUEVA RELACIÓN CON LOS HIJOS.....	3
5)	PRÁCTICAS DE LOS ABUELOS	3
	i. Las narraciones.....	3
	ii. Los regalos	4
6)	LOS ABUELOS Y LA FE: TESTIGOS Y TRANSMISORES	4
7)	PARA CONCLUIR.....	5
8)	CONCRETANDO	5
9)	Y ¿CÓMO PUEDO AMPLIAR?	5

* * *

*Corona de los ancianos, sus nietos;
gloria de los hijos, sus padres (Proverbios 17,6)*

Los hijos crecen, toman sus decisiones en la vida, se casan y forman una familia... Y de repente, un día, los padres ven que, de nuevo, la vida da un giro para ellos. Hace algún tiempo sus hijos se fueron de casa, provocando quizá la crisis del “nido vacío”; entonces pensaron que su tarea estaba ya realizada. Gran error, porque a los hijos se los engendra siempre a la vida buena y grande, aunque de modos diferentes. Pero ahora, de repente, se dan cuenta de que hay una novedad. Cuando se convirtieron en padres, como veíamos en el primer tema, recibieron una nueva identidad. Pues bien, resulta que esa identidad se agranda: sin dejar de ser padres, son abuelos. Vuelve a haber niños en la familia, pero ahora en una nueva dimensión que genera una relación nueva.

1) El gozo de los padres: ver los hijos de los hijos

“Que veas a los hijos de tus hijos” (Sal 128,6): con estas palabras el salmista desea al peregrino, que sube a Jerusalén para dar culto al Señor con el corazón recto, la bendición más grande, la dicha mayor. Es impresionante ver por vez primera a los propios hijos: cuando el padre y la madre ponen sus ojos en aquel que ellos han engendrado, la vivencia es intensa, única. Pero ahora la experiencia, distinta, no es menos impresionante: ver a los hijos de los hijos. Comprobar que el

hijo ha alcanzado madurez, se ha convertido a su vez en padre, el Señor le ha bendecido con la fecundidad. Y que esa criatura procede también, aunque de una manera distinta, del amor de esos esposos que fueron padres y ahora son abuelos. Los nietos son así una singular corona de la alianza de los esposos, una expresión concreta de su fecundidad que atraviesa el tiempo y se renueva.

2) Cuando la sabiduría sabe acompañar y ayudar

“Sabe más el diablo por viejo que por diablo”: esta máxima popular nos recuerda la alianza entre ancianidad y sabiduría. Sí, la edad y la experiencia de la vida otorgan un saber que no se puede alcanzar de otra manera, y que se expresa singularmente en la piedad: “La mucha experiencia es la corona de los ancianos, y su orgullo es el temor del Señor” (Eclesiástico 25,6). Esto convierte a los abuelos en deseables compañeros de camino, capaces de acompañar, de comprender, de ayudar, de ponerse en el lugar de los más jóvenes. Quienes ya han recorrido las grandes etapas de una vida, quienes han saboreado ya éxitos y fracasos, están en una posición inmejorable para acompañar a los hijos y nietos. Aunque su caminar sea ahora más pausado, carente de la agilidad que tenía en otros tiempos, se trata de un caminar seguro, que evita las prisas, que da peso a lo realmente importante. Parece que los hijos y nietos tienen que acompasar el paso para no dejarlos atrás; y no se dan cuenta de que no, de que los abuelos van muy por delante. Los preceden. Porque, si su andar es cansino, ¡es porque han caminado mucho en la vida! Sus ojos, a menudo cansados, saben ver lo esencial. Y sus oídos, tantas veces ya endurecidos, no se cansan de escuchar. Sí, los abuelos van por delante: son la figura del maestro de sabiduría. Por ello nos dice la Biblia: “No desprecies los discursos de los ancianos, que también ellos aprendieron de sus padres; porque de ellos aprenderás inteligencia y a responder cuando sea necesario” (Eclesiástico 8,9)”.

3) Testigos de la vida grande y plena

De esta manera, los abuelos se convierten en testigos. Su sabiduría refiere a algo más grande que ellos y que se da poco a poco en el tiempo, que adquiere una unidad nueva. Con su mejor o peor hacer han construido una familia, han introducido a sus hijos en una vida plena, hicieron a sus padres abuelos, lucharon batallas, unas veces venciendo y otras fracasando. Y ahora están los nietos delante. En los abuelos se aprende lo que es la unidad de una vida, nos reconocemos protagonistas de nuestra vida, con lo que nuestra vida adquiere el tono de una verdadera biografía. Ante los abuelos se reconoce la vida como algo a construir, y construirlo sobre arena o sobre roca. Y es con ellos cuando se comienza a fraguar la magnanimidad: el deseo de una vida grande.

Transmitiendo a sus hijos y nietos la unidad de la vida, les enseñan a afrontar las etapas de la vida, a recorrer los diversos momentos con verdadera longanimidad. Si magnanimidad es la virtud por la que el corazón se nos hace grande, capaz de afrontar la gran aventura del vivir, la longanimidad es cuando el corazón se hace largo, y alcanza la medida del tiempo de toda una vida. Quien tiene la longanimidad sabe valorar cada momento dentro del tiempo de la vida, y así aprende a tener paciencia, a esperar que se realicen las cosas, a que den su fruto. Los abuelos, por la experiencia del tiempo que tienen, saben resituar los pequeños o grandes fracasos de sus hijos y nietos. Situarlos dentro de un camino de

maduración: porque también las cruces ayudan a madurar si las vivimos de verdad.

Ante un mundo resignado a la mediocridad, los abuelos nos testimonian la grandeza de la vida. Y así suscitan el deseo de no acomodarse. Cuando los nietos se hacen conscientes de lo que sus abuelos han hecho para ellos cuando ellos aún no existían, ven nacer en sí nueva gratitud y admiración. También ellos podrán, a su vez, dar lo mejor de sí.

4) Una nueva relación con los hijos

Al llegar los nietos, cambia también la relación con los hijos; y esto en las dos direcciones:

- Los hijos ven ahora a sus padres de una forma nueva: no sólo por la ayuda impagable que les prestan en el día a día (¡qué harían hoy día los padres jóvenes sin la ayuda de los abuelos!), sino porque descubren en ellos un potencial de relación hasta entonces desconocido, y perciben cuánto bien les hace a sus niños esa relación, confiada y enriquecedora, con los abuelos. Los padres jóvenes, además, aprenden a valorar lo que por ellos hicieron sus padres cuando ellos eran niños y jóvenes, recibiendo a cambio con frecuencia incompreensión, y crece así en ellos el agradecimiento.

- Por otra parte, los padres ven ahora a sus hijos, convertidos a su vez en padres, también bajo una nueva luz; admirados, descubren en ellos auténticos padres y madres para sus propios hijos, con lo que ven el fruto de su paternidad y maternidad vivida en el tiempo. Y este reconocimiento de la grandeza de los hijos, hace que ante ellos se sitúen con nueva madurez, nueva valoración, transmitiéndoles el aprecio en que les tienen. Y este nuevo aprecio suscita nueva madurez en los hijos, que les ayuda a aceptar la historia de una relación no siempre fácil. Así pueden los hijos, confirmados por sus padres, introducirse mucho más en las circunstancias de sus vidas con verdadero protagonismo.

Porque los abuelos, al confirmar a sus hijos en la bondad de su existencia, les preparan en forma decisiva para educar a sus hijos. Y así el tejido familiar se hace más fuerte, más bello, y el árbol de familia, más robusto y frondoso.

5) Prácticas de los abuelos

Los abuelos que piensen que ya no tienen nada que hacer, se equivocan. Y no sólo por su colaboración en el día a día de ocuparse de los nietos, ir al cole a buscarlos, darles de comer mientras los padres trabajan... Hay unas prácticas específicas de los abuelos, a las que no pueden renunciar. Aunque pueden darse más, nos fijamos en dos de ellas.

i. Las narraciones

Los nietos quieren escuchar a sus abuelos, memoria viva de la familia. Disfrutan oyéndoles contar cómo eran ellos de pequeños y de jóvenes, cómo era la vida entonces, cómo tuvieron que luchar para formarse y ganarse la vida. Porque ellos, sí, también fueron niños y jóvenes... Y cuántas preguntas tienen acerca de sus propios padres, que un día fueron los hijos pequeños. Las narraciones de los

abuelos, así, son capaces de transportar en el tiempo y de unir a la familia en una época en la que todos parecen, en cierto modo, contemporáneos.

Por otra parte, es necesario también que los niños oigan de sus abuelos, historia viviente, la historia de su ciudad, de su región, de su patria: de este modo lo que en los libros puede ser letra muerta y aburrida se transforma para ellos en una historia entrañable, porque comprenden que proceden de ella. Más aún, es preciso que escuchen de sus labios la Historia Sagrada, la historia que narra la Revelación, la historia que el Señor está construyendo con la humanidad. Es así como los niños aprenden que hay mucho más que el dato frío del acontecimiento, y que existe una providencia que gobierna el mundo aún entre fragilidades y grandezas humanas. Es a través de las narraciones como la práctica religiosa se hace connatural en el nieto. Hoy, quizá más que nunca, nuestra sociedad tiene necesidad de abuelos que recuerden el misterio del Dios grande.

ii. Los regalos

El santo, el cumpleaños, los Reyes... Todos los años hay algunas ocasiones en que los abuelos se hacen presentes mediante sus regalos. ¡Qué importante es que acierten! Porque es un lenguaje que los nietos entienden muy bien. A veces se tira por la vía fácil: que sus padres les compren algo y se lo pagamos; o bien, directamente, les damos a ellos dinero. Puede ser que en determinadas ocasiones haga falta, sí, echar una mano a los padres en el equipamiento necesario de sus hijos, sobre todo en estos tiempos de crisis. Pero ello no debe llevar a los abuelos a renunciar a hablar a sus nietos mediante arte del regalo con presentes que verdaderamente los enriquezcan, los hagan crecer, estimulen en ellos esas habilidades hasta entonces desconocidas, despierten en ellos nuevos intereses. Porque en el regalo, lo más importante no es simplemente acertar con lo útil, sino con lo que es capaz de vehicular el aprecio, la estima, la esperanza que uno tiene en el otro, reflejo de la esperanza divina. Sólo entonces ansían de verdad los nietos el regalo de sus abuelos.

6) Los abuelos y la fe: testigos y transmisores

Los abuelos, como memoria del origen, tienen también la importante misión de reconducir a sus nietos al origen absoluto, Dios Padre. Lo hacen principalmente mediante su testimonio: el ejemplo de una vida guiada por la luz de la fe es tremendamente elocuente para los niños que buscan conocer, con curiosidad insaciable, el porqué de todas las cosas; y también para los jóvenes que, en un mundo complejo, buscan una guía segura para sus pasos. Por otra parte la palabra de los abuelos, de quienes a veces los nietos se ríen por “no estar a la última”, sin embargo resulta ser siempre actual, pues brota de la experiencia de fe vivida, que es la verdadera sabiduría. En estos tiempos en que Dios está ausente de la vida social, la función de los abuelos es por tanto fundamental para afianzar en el corazón de las jóvenes generaciones la certeza de ser amados por Dios.

Esta misión conlleva una serie de prácticas, que en cierto modo modelan la vida de los abuelos: rezar por sus nietos, y que los nietos lo sepan; promover actividades religiosas (una peregrinación, una cadena de oración...), sabiendo que es propio de los nietos hacerse a veces los remolones, pero que luego es mucho lo

que queda. Iniciarles en las oraciones vocales: antes de dormirse, antes de comer... ¡Qué gozo para los abuelos rezar con sus nietos, ser para ellos maestros de oración! Y, en especial, qué gozo poder acompañarlos en la práctica dominical.

Pero la misión a veces es compleja: en no pocas ocasiones, en efecto, los hijos han abandonado la práctica de la fe, por lo que existe una brecha (un “gap”, como se dice hoy) en la transmisión de la fe a los hijos de los hijos. ¡Qué gran delicadeza y fortaleza a la vez necesitan los abuelos para cumplir su misión! Porque es una misión a la que no se pueden sustraer; pero han de hacerlo sin herir susceptibilidades. Con paciencia y amor, sabrán infundir la fe en los corazones de los pequeños sin por ello incomodar a sus padres; ¡qué gran gozo es, por otra parte, comprobar que la fe de los nietos reconduce a los propios hijos a la fe! Porque los jóvenes padres, en el fondo, saben bien la verdad que late en las enseñanzas de los abuelos, aunque ellos mismos no estén por el momento en disposición de seguirlos. Y todo padre desea lo mejor para sus hijos...

7) Para concluir

Los hijos de los hijos suponen una paternidad nueva para los padres ahora ya abuelos. Ellos entienden que la semilla que, con sus virtudes y defectos, han introducido y cultivado en sus hijos, ha llegado más lejos, hasta los hijos de los hijos. A veces se oye a los abuelos lamentarse: por no haberlo hecho bien en la educación de sus hijos, porque podían haberse entregado más... Los nietos les ayudan a espantar esa idea (generalmente errónea), al mostrarles un fruto concreto y grandioso del esfuerzo de toda una vida.

En los nietos surge una nueva alegría y una nueva esperanza. Sí, y un nuevo trabajo, porque surge una nueva paternidad, al recibir con gozo a los hijos de sus hijos.

8) Concretando

1. La alegría de los abuelos, ¿en dónde se radica?
2. ¿Qué es lo que transmite la sabiduría de los abuelos a hijos y nietos?
3. En qué manera los abuelos generan la magnanimidad y la longanimidad?
4. Las narraciones de los abuelos, ¿por qué son tan decisivas?
5. ¿Con qué prácticas concretas pueden los abuelos, hoy, transmitir la fe a sus nietos?
6. ¿Por qué los nietos comporta una nueva paternidad para los abuelos?

9) Y ¿cómo puedo ampliar?

- Benedicto XVI, Discurso sobre “Los abuelos: su testimonio y su presencia en la familia” (5 de abril de 2008):
http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2008/april/documents/hf_ben-xvi_spe_20080405_pc-family_sp.html
- Francisco, Meditación sobre “La mesita del abuelo” (19 de noviembre de 2013):
http://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2013/documents/papa-francesco_20131119_mesita-abuelo.html